

LA ECONOMIA CAMPESINA Y LA SOCIEDAD RURAL EN EL MODELO NEOLIBERAL DE DESARROLLO¹

*Elcy Corrales Roa,
Jaime Forero Alvarez²*

RESUMEN

El actual modelo de desarrollo al dejar inalterados los obstáculos fundamentales del desarrollo rural, limita sustancialmente el desenvolvimiento de las potencialidades productivas y empresariales de la economía campesina.

Se hace un análisis de las repercusiones del modelo neoliberal en las condiciones económicas de la producción campesina, en el bienestar social y en los recursos naturales. Se plantean algunas alternativas.

1. INTRODUCCION

La economía campesina, es decir, la pequeña producción familiar rural, aunque ha estado históricamente sometida a condiciones adversas, ha crecido notablemente en Colombia³. Pero el desarrollo de la economía campesina en tales condiciones ha mantenido prácticamente inalterados los altos niveles de pobreza y miseria rural. De otro lado, Colombia conserva altos índices de subalimentación, desnutrición y mortalidad infantil (asociada a déficits alimentarios) a pesar del dinamismo del sector alimentario manifiesto en los avances de los niveles promedio de ingestas calóricas y proteícas y basado en gran parte en la oferta, a las ciudades, de los excedentes de la pequeña producción familiar.

1. Ponencia presentada en el Segundo Congreso de Investigación en la Universidad Javeriana. 8 y 9 de octubre de 1992. Santafé de Bogotá. Los planteamientos de esta ponencia presentados en la sección 5 y 6 se basan en las conclusiones de los participantes de un taller sobre campesinado y apertura de tres ONG's dedicadas al sector rural: el Instituto Mayor Campesino-IMCA. Herencia Verde y el Centro para la Investigación en Tecnologías Agropecuarias Sostenibles - CIPAV. El taller fue organizado por el Padre Alejandro Aguilar, S.J. y los autores de esta ponencia. El Padre Aguilar —Director del IMCA— hizo la relatoría de ese evento.
2. Investigadores del Instituto de Estudios Rurales de la Universidad Javeriana (Facultad de Ciencias Económicas).
3. Ver diversos trabajos. Misión de Estudios Agrarios (1990). Forero (1990 y 1991).

La aplicación del modelo neoliberal en el país lejos de modificar positivamente las condiciones desfavorables en que se desarrolla la economía campesina para potencializar sus posibilidades de crecimiento y fortalecer la sociedad rural, multiplica los obstáculos para su desarrollo. Aleja aún más al país de alcanzar la satisfacción de las necesidades elementales de la población rural, al tiempo que atenta seriamente contra la relativa autonomía alimentaria consolidada en las últimas décadas⁴.

2. EL CRECIMIENTO DE LA ECONOMÍA CAMPESINA EN COLOMBIA

Los alcances del crecimiento y estabilización de la economía campesina logrado en los últimos treinta años, se evidencian claramente en las tendencias de la producción y de la población rural.

En primer término, es claro que los campesinos suministran alrededor del 65% de la producción agrícola nacional, contribución representada fundamentalmente en alimentos de consumo directo: maíz, panela, papa, plátano, yuca, fríjol... Es también mayoritaria su participación en el abastecimiento de leche y significativa en el de carnes.

En segundo lugar, a pesar de las migraciones suscitadas por la violencia y por los desequilibrios económicos y ambientales la población rural se ha estabilizado creciendo por debajo de su reproducción biológica pero aumentando en términos absolutos de manera que para el último censo, de 1985, Colombia tenía el 35% de su población en los campos; 10 millones y medio de personas en las áreas rurales que representan casi 4 millones más que en 1951.

Estos logros son el resultado de profundas transformaciones productivas enmarcadas en una adopción masiva —pero parcial— de la tecnología agroquímica y su creciente monetización y articulación a los mercados.

3. MANTENIMIENTO DE LOS OBSTACULOS FUNDAMENTALES DEL DESARROLLO RURAL

Como en muchas otras áreas de la economía, en el sector agrario se está aplicando el modelo de apertura económica sin crear las condiciones básicas para su implementación. La pretendida competencia económica que conllevaría el nuevo esquema de inamovilidad del recurso tierra y por la carencia de un adecuado acceso a la tecnología el crédito y al agua. La tierra y el agua además de ser objeto de monopolización sufren un intenso proceso de deterioro. En

4. El país es autosuficiente en carnes, leche, maíz, azúcares, tubérculos, plátanos, vegetales frescos... Se importa un 2% de los alimentos de consumo directo, el 64% de las oleaginosas, el 90% del trigo y el 78% del total de cereales. La balanza comercial agropecuaria es altamente positiva aún sin contabilizar el café nuestro primer producto agropecuario de exportación. La balanza comercial agroalimentaria es también, en menores proporciones, positiva (aquí se incluyen la importación de materias primas agropecuarias y de maquinaria e insumos para la producción agropecuaria y de alimentos procesados) (ver datos en Cartier y Forero, 1990).

estas condiciones, las potencialidades empresariales de cientos de miles de productores, que han demostrado una intensa capacidad de crecimiento, adaptación y transformación no se pueden desarrollar: aproximadamente 1.200.000 fincas tienen insuficiencia de tierra y de los demás recursos productivos, mientras millones de hectáreas son acaparadas por el latifundio semiimproductivo.

Con el mantenimiento de los obstáculos al desarrollo rural los supuestos básicos para el funcionamiento del modelo de apertura —del modelo neoliberal— no se cumplen. En otras palabras, se somete el sector rural a la presión de la competencia externa sin generar las condiciones básicas en que respondería positivamente. Nos referimos especialmente a la generación tecnológica, la calificación de trabajadores y la movilidad de la tierra.

Un supuesto básico del modelo de apertura que no tiene perspectiva alguna de cumplirse es contar con una oferta tecnológica adecuada a las necesidades del productor agrario. El problema es especialmente agudo para el sector de la economía campesina en donde la generación tecnológica está en manos del Estado. Las entidades gubernamentales tienden cada vez más a eludir la necesaria y siempre aplazada construcción de tecnológica para el pequeño productor, limitándose casi que exclusivamente a adaptar y transferir paquetes tecnológicos obsoletos de la revolución verde, inapropiados para las condiciones de la economía campesina y que han venido haciendo crisis en diversos contextos productivos⁵.

Un segundo supuesto, la generación de un proceso creciente de calificación de trabajadores y aumento de la productividad del trabajo y de su capacidad creadora dentro de la transformación tecnológica enfrenta un panorama oscuro por la carencia de sistemas educativos apropiados al sector rural y por la violencia rural. El “factor humano” tiende a debilitarse por problemas, el desplazamiento de la fuerza de trabajo por la inseguridad en los campos, la migración de jóvenes, el reclutamiento de los distintos grupos armados.

En tercer lugar se supone un acceso amplio a factores de producción por parte de los empresarios, mientras la tierra continúa altamente concentrada y fuertemente inmovilizada por su dedicación al latifundio ganadero que tiene como objetivos centrales el poder y control político y la especulación improductiva.

Con el acaparamiento de tierras se eleva el precio de su arrendamiento lo cual repercute en las estructuras de costos de los cultivos —especialmente capitalistas— colocándolos en situación poco competitiva. De esta situación participan, con redobladas desventajas, importantes núcleos de campesinos que participan de la dinámica de los cultivos llamados comerciales (algodón,

5. Algunas ONG's con recursos muy limitados.

arroz, sorgo, entre otros). Aunque el plan de desarrollo contempla aliviar esta situación ampliando la superficie de riego, los beneficios que de ello se deriven tenderán a canalizarse por la vía de la renta de la tierra, al mantenerse inalterada la estructura de propiedad.

Pero más que mantenerse la altísima concentración de la tierra en el país continúa avanzando el latifundismo: "a manera de contrapeso a una necesaria y aplazada reforma agraria, grandes capitales han venido en los últimos años, comprando enormes extensiones de tierras, abarcando un área muchas veces más grande que la superficie que se plantea distribuir por medio del INCORA. Estos negocios de tierras avanzan sobre tierras recientemente colonizadas por campesinos y, también, se extienden a regiones tradicionalmente campesinas" (Los Campesinos y el Estado, 1988). Se especula sobre los efectos positivos sobre el sector agropecuario de la irrupción de los capitalistas emergentes - surgidos de la economía ilegal. Sin negar que han fortalecido la inversión en algunas actividades son, a nuestro modo de ver, mucho más grandes sus efectos nocivos sobre la población rural y la economía campesina. Se ha visto por ejemplo, que tienden a sustituir actividades familiares por ganaderías extensivas desplazando mano de obra y agudizando procesos de pauperización y proletarización rural. Introducen patrones culturales centrados en el culto a la violencia y a su ejercicio como profesión remunerada complicando aún más los conflictos armados rurales. Sin desconocer, insistimos, alguna contribución a la inversión agropecuaria y a la generación de empleo, los capitales ligados a la economía ilegal en forma directa (especialmente en el procesamiento y la comercialización) o indirecta (fundamentalmente por la protección institucional a la actividad ilegal), no tienden a crear las bases de una cultura empresarial que fortalezca internamente los procesos de formación de empresas y la creación de condiciones de competencia ventajosa en el contexto internacional.

Con la crudeza de la actividad económica extractiva se comprueba por lo menos en el sector agropecuario que el dinero es sólo una ilusión si no se utiliza en función del trabajo creativo. La finca cafetera familiar de bosques multiestratos construidos por varias generaciones cede el paso a las praderas cercadas por alambradas millonarias; la casa-taller-beneficiadero, al rancho tejano; las fuentes de agua comunales son desviadas hacia las piscinas de lujosas mansiones; los trabajadores no se capacitan tanto en el manejo de los instrumentos de trabajo, en el virtuosismo que exigen la innovación tecnológica, como en el manejo de las armas y de los sistemas de intimidación colectiva.

Este ancestral conflicto por la tierra genera un proceso colonizador que al tiempo que reproduce con mayor intensidad los factores de violencia en ausencia de una presencia estatal constructiva, presiona sobre áreas de alta fragilidad ecológica.

4. LA POLITICA DE DESARROLLO RURAL

El modelo de apertura económica que en su estructura interna —hay que reconocerlo— es de una coherencia indiscutible, parece encontrarse con demasiados imprevistos cuando es aplicado a la realidad. Esto se explicita en el constante cambio de las medidas económicas y a la aceleración de su aplicación; así "... hasta agosto, las importaciones en lugar de haber aumentado habían disminuido por las expectativas que creaba el gradualismo y por la disminución de la tasa de crecimiento del PIB. *Todo eso condujo a que se adelantara en tres años la reducción arancelaria y se reconociera que el gradualismo había fracasado...*" (Machado, Absalón 1991 subrayados nuestros).

Los impactos de esta situación en términos del desempleo y la cada vez menor capacidad de compra de los ingresos familiares, son tangibles. Si bien estos hechos no pueden solamente adjudicarse a la aplicación del modelo de por sí accidentada⁶, la advertencia de sus promotores ha sido que tendremos que pasar por un período relativamente largo de apretura para podernos beneficiar de sus bondades. El problema es que hasta ahora estamos empezando...

En lo que se refiere al sector agrario está implícita la concepción de un tipo de productor que debe optar por la utilización de tecnologías altamente eficientes en términos de producción y cuya finalidad sea un cada vez mejor posicionamiento en el mercado. En gran medida esto significa continuar con paquetes tecnológicos altamente dependientes de los insumos importados y cuya rentabilidad queda fuertemente determinada por las fluctuaciones de sus precios y las diferencias de producción y rendimientos a nivel mundial —sin contar con las medidas proteccionistas que puedan existir en otros países productores—. Esto refiriéndonos solamente a los productos de la agricultura comercial, la situación es aún más crítica si nos centramos en el principal sector productor de alimentos en el país: el campesinado⁷.

6. Hacia finales del primer año de la apertura el director del Centro de Estudios para el Desarrollo Económico de la Universidad de Los Andes, hacía el siguiente diagnóstico "...el panorama en el momento es radicalmente diferente al que se observaba hace un año. En la actualidad la economía se enfrenta a una reevaluación del tipo de cambio, al cierre drástico del crédito y a la reticencia de los empresarios a equipararse y a obtener las ventajas de la disminución arancelaria. Los principales ingredientes para el éxito de una apertura brillan por su ausencia. Dentro de este contexto, no será posible proseguir con las medidas del desmonte comercial. La baja adicional de aranceles colocaría a las empresas dentro de una situación de total desventaja...". Sarmiento P. Eduardo. *Colombia: el año de la apertura*. En Universidad de Los Andes, Facultad de Administración. Monografías N° 25. Serie Programas de Presidentes de Empresas, Junio 1991.
7. No se debe olvidar que países como los Estados Unidos y los de la Comunidad Económica Europea manejan una porción bastante importante del mercado mundial de alimentos: A mediados de los 80 USA manejaba el 40.8% del trigo, 69.5% del maíz, 82.3% de la soya, 19.4% del azúcar y el 5% de los lácteos comercializados a nivel mundial; la CEE el 70% de los lácteos, 19% del maíz, 18% del trigo y 15.75% del azúcar. Este posicionamiento no obedeció únicamente a un manejo tecnológico del problema de la producción; si bien es cierto que este fue un elemento importante, la política inicial de manejo de excedentes por un lado, y la posterior política de subsidios internos para mantener los precios, son elementos fundamentales en la explicación de este dominio. La apertura en países como los nuestros pareciera ser un excelente mecanismo para la continuación de estas tendencias.

La puesta en marcha del modelo de apertura sorprende al gobierno y a los gestores del plan de desarrollo sin un concepto preciso sobre la producción campesina, sus características y el papel que ella puede jugar en el proceso de apertura. En realidad dentro del modelo no existe una política de desarrollo rural. El resultado de ello es la consideración del campesinado como un sector desarticulado, marginal, homogéneo y en vías de extinción que merece tan sólo algunos apoyos puntuales de emergencia o ser considerada dentro de los sectores objeto de la política social. De esta manera la única alternativa que podría vislumbrarse para el campesinado dentro del neoliberalismo sería bien la de convertirse en un empresario moderno capaz de acceder a los mercados de tierra, capital, tecnología en condiciones iguales que cualquiera de los demás⁸, o desaparecer.

Las medidas neoliberales afectan particularmente las condiciones de acceso a los recursos productivos por parte de los campesinos. El crédito se ha venido encareciendo con el desmonte de subsidios financieros y si finalmente se impone la privatización de la Caja Agraria los productores perderán una larga historia de acercamiento institucional a un banco que mal que bien ha venido construyendo mecanismos de interrelación con ellos⁹. Quedarían asimilados a los usuarios rutinarios de la banca privada en condiciones francamente desventajosas.

Se habla —en el “plan libro” del actual gobierno— de subsidiarle al campesino un 50% de la compra de tierras y un porcentaje similar en la instalación de infraestructuras de riego. Este acceso a tierras y agua por medio de la compra parcial no sería efectivo sino en regiones muy particulares en las cuales ciertas alternativas productivas lo hacen viable¹⁰. En general esta política es muy dudosamente implementable tanto por el monto de los recursos finalmente destinables como por otros factores: falta de recursos del campesino para costear el valor restante; falta de recursos para un desarrollo integral en las nuevas tierras; generación de niveles de endeudamiento demasiado altos e insostenibles.

En general la política de desarrollo rural contempla una disminución drástica de la acción estatal y un mayor aislamiento de las entidades gubernamentales de los campesinos, perdiendo los significativos avances de los programas de desarrollo en sus interrelaciones con las comunidades rurales.

-
8. Así, por ejemplo, la diferenciación cada vez menor en términos de interés crediticio, continuará desapareciendo hasta que todos los productos deban pagar las mismas tasas de interés.
 9. La Caja Agraria cubre un 30% del área anual sembrada por los campesinos. Si se piensa que un amplio sector de los pequeños productores perciben créditos cada dos, tres o más años, la población cubierta con crédito sobrepasa ampliamente este 30%.
 10. Se ha observado zonas en donde a un crédito de corto plazo para actividades agropecuarias se ha destinado a la compra de tierras: zona panelera de la Hoya del Río Suárez, por ejemplo. (Ver Rudas).

Se ha visto perder también la capacidad de convocatoria y coordinación entre las entidades estatales en la medida en que cada entidad resuelve proyectarse con un criterio empresarial de oferta individual de servicios: crédito a productores, financiación de proyectos técnicamente diseñados, oferta indirecta de paquetes tecnológicos a “agentes institucionales gubernamentales y no gubernamentales”.

Insistimos, el fortalecimiento de la economía campesina y la sociedad rural no se contempla en el nuevo plan; no hay política de desarrollo rural. Se trata de ofrecer la oportunidad a los campesinos de acogerse a modelos mecánicos de suministro de materias primas agropecuarias para la exportación mediante la adopción de tecnologías que por sus altos grados de monetización y contaminación agrotóxica resultan sumamente agresivas para el campesino enfrentado a mercados de alta incertidumbre y ningún control. Pero la incorporación del campesino a nuevos mercados se queda en el plano retórico porque, según lo visto, no se crean las condiciones para el acceso a los factores productivos.

En lugar de fortalecer una articulación razonable a los sistemas agroalimentarios que pase por un equilibrio entre autoconsumo familiar y productivo y vinculación a mercados locales, nacionales e internacionales con una noción de eficiencia real de la empresa familiar rural dentro del límite de sus potencialidades y su particular forma de aprovechamiento de los recursos; en lugar de fortalecer, decíamos, la producción familiar rural se plantea una vez más la necesidad de romper su lógica productiva y reproductiva, induciéndola a llevar a cabo a procesos irracionales desde el punto de vista de la rentabilidad económica en el modelo de la empresa familiar rural. Se vuelve otra vez veinte años atrás en la comprensión del desarrollo rural y treinta más aún en su planificación.

El hecho es que bajo la lógica omnipresente del mercado las entidades conciben ahora al campesino, a las comunidades, a los municipios y a las regiones como demandantes bien informados y con capacidad de acceso a los recursos. Se supone además que la oferta existe y que no basta sino hacer la transacción. En la realidad el planteamiento pierde sentido cuando se sabe que la *tecnología* campesina está por construir y que los paquetes ofrecidos tienen acumulados más problemas que posibilidades de resolver situaciones productivas; que hay que vencer numerosos obstáculos de orden, económico, político, militar, geográfico y de carencia de recursos integrales, para un adecuado *acceso a la tierra*; que el otorgamiento del crédito al productor es un proceso complejo en que median muchos factores que están por fuera de la convencionalidad de las entidades financieras; que la construcción de las vías y en general de la infraestructura física y social está altamente permeada por los mecanismos de un inveterado clientelismo político altamente corrupto; que la planificación municipal y regional es algo por lo que apenas hasta ahora comienza a interrogarse el país.

En las condiciones descritas arriba, el modelo neoliberal prefiere la importancia directa de capitales y tecnologías a la dinamización de los procesos internos de la economía nacional.

El desconocimiento del papel del campesinado en el desarrollo del país, y aún de los logros analíticos de más de quince años de aplicación de programas de desarrollo rural, han llevado además a la omisión de la importancia que este sector juega en la conservación de la biodiversidad y también de los recursos genéticos.

Este tema, que ocupa los primeros lugares de atención para la investigación en biotecnología, a la que tanto ansiamos lograr tener acceso, empieza ahora a ser tratado en el país, desafortunadamente no con toda la urgencia y seriedad que merece y podemos decirlo, sin temor a equivocarnos, no precisamente por los impulsores de la apertura.

Tradicionalmente cuando se hace referencia a la tecnología utilizada por el campesinado, esta es calificada negativamente como arraigada en el pasado, ineficiente en términos de productividad y carente de futuro por oposición a las modernas tecnologías cuyos objetivos apuntan al aumento de la productividad. Cuando hablamos de la diversidad y de los recursos genéticos tenemos necesariamente que referirnos al tipo de tecnología que ha sido altamente promovida y adoptada en el país, incluyendo por supuesto a la producción campesina.

Las tendencias de las políticas agrarias de las últimas tres décadas en Colombia han centrado su interés en la adaptación de los paquetes tecnológicos de la Revolución Verde, cuya investigación ha sido desarrollada básicamente para el mediano y gran empresario agrícola. Sus costos de implementación son elevados y no están (siempre) al alcance del pequeño productor y tiene además otra serie de implicaciones económicas como son la de generar una mayor dependencia del mercado; requerir una cierta especialización de la mano de obra utilizada; implicar la intensificación del uso de capital y requerimientos de crédito lo que lleva a maximizar el uso de la tierra; impulsar el monocultivo lo que incrementa el riesgo económico y reduce la posibilidad del autoconsumo pues elimina la variedad productiva característica de la producción campesina. Todo ello buscando como finalidad una mayor producción y adoptando como criterio único de evaluación la rentabilidad económica.

Un elemento que acompaña con frecuencia las tecnologías de Revolución Verde es la mecanización agrícola, en la mayoría de los casos adaptada a suelos con topografía poco pendiente y altamente exigente en términos de condiciones de riego. Son en fin tecnologías intensivas en el uso de insumos y que, además, como paquete tecnológico, requieren la aplicación de todos los elementos incluidos y en la intensidad recomendada.

